

Boletín de bibliografía spinozista

N.º 12

Spinoza's Bibliographic Bulletin

N.º 12

BAYLE, Pierre: *Escritos sobre Spinoza y el spinozismo*. Edición, introducción y traducción de Pedro Lomba. Madrid, Trotta, 2010, 227 págs.

El profesor Pedro Lomba, formado bajo la sabia dirección de P. F. Moreau en la ENS de Lyon, ha realizado un brillante servicio a la comunidad hispanohablante al traducir a nuestra lengua el artículo *Spinoza* del *Diccionario histórico y crítico* de Pierre Bayle, junto con otros textos bayleanos y otros artículos sobre Demócrito, Lucrecio, Averroes, Plutarco, Bruno, Maquiavelo, que tienen que ver con el pensamiento corrosivo, como dice P. Lomba, de Spinoza, epicúreo y ateo.

La introducción está muy bien documentada y demuestra un profundo conocimiento de Spinoza y de la filosofía del siglo XVII. Ahora bien, no suscribo lo que sostiene, en la p. 24, nota 37, de su introducción, acerca de la historia del concepto de ateísmo: “en el siglo XVII no se considera ateo, a diferencia de lo que sucede en el siglo XVIII, gracias en parte a la labor de Bayle, quien niega la existencia de Dios, sino quien niega la existencia y la efectividad de toda mediación entre Dios y el mundo o los hombres”. Creo que esa afirmación merece un análisis más detallado. En todo caso, sostengo que no es cierto que no haya ningún texto en el XVII en el que se niegue la existencia de esa causa, principio o motor. Sería conveniente tener en cuenta el *Theophrastus redivivus*. Volveré sobre este punto inmediatamente, pero quiero decir antes algo acerca de la actitud de Bayle como historiador. El *Diccionario histórico y crítico*, verdadera enciclopedia filosófica, es obra del pastor protestante Pierre Bayle (1647-1706), de origen francés, y catedrático de filosofía de la Academia de Sedán desde 1675 hasta su cierre en 1681 por Luis XIV. Para el máximo representante del Absolutismo, la actividad intelectual de los reformados era contraria a los intereses de

Francia y se había convertido en el centro propulsor de todas las herejías; lo que obligó a Bayle a refugiarse en Rotterdam bajo la protección, en un primer momento, de su maestro, el ministro de la iglesia Valona, Pierre Jurieu, con el que termina, finalmente, enfrentado al ser acusado de traicionar la causa holandesa y favorecer los intereses de Luis XIV. En 1696, apartado de la docencia y pensionado por el librero Reinier Leers, Bayle acomete la publicación del *Diccionario*, en el que, curiosamente, dedica los artículos más extensos a dos judíos españoles: Gómez Pereira y Spinoza. En cuanto a Spinoza, Bayle se instala en una línea muy próxima a la que siguen algunos partidarios del cartesianismo (F. Lamy, Arnauld, Fénelon, Huet, Bossuet, Malebranche), que sostienen que el error de Spinoza radica en su oposición a la terminología y a la ontológica cartesiana. Sus tesis sobre la unicidad de la sustancia, el rechazo de la causalidad transcendente, la crítica a la doctrina de la verdad a partir del rechazo de la teoría de las facultades, la crítica a la libertad divina y humana son contrarias al verdadero pensamiento de Descartes, que Bayle sigue fielmente. Tanto desde el observatorio católico como desde el protestante, incluido Bayle, lo más prudente sería guardar silencio sobre la filosofía spinozista, esa perniciosa filosofía que desembocaba en el ateísmo, en la destrucción de la fundamentación religiosa de la moral, en la negación del milagro, en la negación de la creación, de la inmortalidad del alma (eterna pero no inmortal), en el rechazo de la autoría de los libros sagrados, en la desvinculación de la virtud con la inmortalidad, etc. Sin embargo, según Leibniz, los verdaderos peligros para la cosmovisión religiosa del mundo comenzaron con Descartes. Es ahí donde hay que situar el origen del ateísmo moderno. En efecto, en diferentes pasajes de Descartes está *in nuce* la filosofía de Spinoza, como se comprueba en la sexta Meditación, donde Descartes considera a Dios como la naturaleza: “por naturaleza, considerada desde un punto de vista general, no entiendo ahora otra cosa que Dios mismo o la ordenación de las cosas creadas instituida por Dios”. Por otra parte, tanto la física cartesiana como la de Spinoza hacen insostenible el dogma eucarístico de la transustanciación y el de la Trinidad. El tratamiento que Bayle hace de Spinoza termina, en cierto modo, por hacer suyas algunas de sus tesis: la tolerancia religiosa, la independencia de la moral respecto de la religión, la desvinculación del ateísmo de la moral, etc.

Es sobre estos dos conceptos –epicureísmo y ateísmo– sobre los que vamos a centrar nuestro estudio. Es cierto, en primer lugar, que Epicuro, estuvo omnipresente en la filosofía europea desde los orígenes mismos del Renacimiento hasta bien entrado el siglo XVIII, junto con el escepticismo y el estoicismo, aunque Platón y, sobre todo, Aristóteles ocupaban un lugar privilegiado. Para muchos la filosofía de Epicuro vino a ser la encarnación del hedonismo grosero, de la negación de la inmortalidad del alma humana, y de una especie de deísmo en el que no se negaba la existencia de los dioses pero se sostenía que vivían alejados e inactivos en los *intermundia*, sin tener nada que ver ni con el origen del mundo, ni con su conservación, ni, sobre todo, con los humanos. La verdad es que, en lo que a la no providencia de los dioses se refiere, Epicuro no hace sino seguir a Aristóteles. Ya Marsilio Ficino, en la *Teología platónica*, consideraba que el verdadero peligro para la religión cristiana era la filosofía de Epicuro. En los siglos XVI y XVII hay un verdadero renacimiento de la filosofía helenística en el que tanto el epicureísmo como el escepticismo y el estoicismo cuentan con grandes defensores. Fue Gassendi quien tradujo del griego al latín los restos que llegaron a nosotros de la obra de Epicuro, pero además escribió obras de divulga-

ción de la filosofía epicúrea. Si fue conocido por sus trabajos sobre Epicuro, no lo fue menos por su profundo conocimiento del escepticismo, sobre todo en los momentos iniciales de su obra, aunque Montaigne, Charron y Sánchez ya habían abierto el camino. Pero, curiosamente y ante la perplejidad de otros clérigos, decide seguir a Epicuro y no a Aristóteles a la hora de elaborar una defensa de la filosofía cristiana, cuyos dogmas abraza y defiende por encima de todo. Es cierto que a Epicuro se le consideraba en el XVII el principal enemigo de la religión, pero Aristóteles, según Gassendi, no era más compatible con las enseñanzas de la Iglesia que aquél, pues sostenía la eternidad del mundo, lo que hacía imposible la creación, negaba la inmortalidad, a juicio de Pomponazzi, Cardano y otros que se oponían a la interpretación tomista de la psicología aristotélica, negaba la providencia divina y el valor de la oración, etc. Epicuro, al menos, no sostenía la eternidad del mundo y con ciertos retoques su filosofía podía compaginarse con el cristianismo. Eso es lo que sostenía el gran disputador de la *Disquisitio Metaphysica*, que no ignora que los estoicos –exceptuado Séneca–, Plutarco y muchos otros lo han denigrado injustamente; aparte de que los que llevaban una vida disipada y dedicada a la búsqueda de los placeres, haciéndose eco del horaciano “soy un cerdo de la grey de Epicuro”, creyeron que éste defendía los placeres de la gula y la lujuria, que justamente rechaza de modo expreso en la *Carta a Meneceo*. Un discípulo de Gassendi, Cyrano de Bergerac, utiliza en su obra constantemente los principios de la filosofía epicúrea, sobre toda la física. Otro epicúreo importante, aunque ecléctico, es el anónimo autor del manuscrito denominado *Theophrastus redivivus*, que cita la *Agripina* de Cyrano, pero, curiosamente, no a Gassendi, con cuya interpretación del conocimiento *proléptico* de los dioses mantiene un importante debate, que le lleva a una lectura materialista y atea de Epicuro: de lo que no tenemos sensación no tenemos ideas, en consecuencia, dios no es más que una ficción, una invención de los políticos y los sacerdotes.

Es cierto que en la obra de Spinoza Epicuro está presente, pero sobre todo lo está en los escritos de P. Bayle. ¿Por qué se dice que Spinoza es epicúreo y ateo a los ojos de los lectores del XVII y en qué medida? Epicureísmo y ateísmo iban de la mano, pues se aceptaba como algo probado que Epicuro era ateo, a pesar de que en *La carta a Meneceo* 124 afirme categóricamente que de los dioses tenemos un conocimiento *proléptico*, es decir, cierto e indudable, no una falsa suposición (*pseudēs hypolepsis*). Frente al empirismo radical de algunos autores, para los que el origen de la idea de dioses se explica a través de la transmisión oral, se hacía urgente deshacer ese error, pues el problema no está en cómo se transmite la idea de los dioses, sino en cómo llegó el hombre por primera vez a alcanzarla. A eso responden los partidarios del innatismo, tanto en el mundo clásico como en el moderno, donde esa polémica domina gran parte del pensamiento filosófico, siendo quizás su mejor escenificación el debate Descartes–Gassendi, recogido en la *Disquisitio metaphysica*.

No obstante, como reconoce Bayle (p. 213), el ateísmo de Epicuro es un mito, el mismo Cicerón dice que Epicuro escribió libros sobre la piedad debida a los dioses (*de sanctitate, de pietate adversus deos*) y que hablaba de tal modo que parecía que estábamos escuchando a los sumos pontífices Caruncanio y Scévola. Por otra parte, la asistencia de los epicúreos a la celebración de los cultos públicos está atestiguada por el testamento transmitido por Diógenes Laercio (X). Epicuro rendía honores fúnebres a sus antepasados y consideraba beneficiosa la religión, como recuerda Bayle, citando a Séneca: “les rendía un culto que no era mercenario; de ninguna manera consideraba su propio interés, sino las solas ideas de la razón, que piden que se respete y se honre todo lo que es grande y perfecto”.

Según A. Festugière, en *Epicuro y sus dioses*, lo que Epicuro rechazaba era la religión astral y el determinismo de los dioses, y que en modo alguno su concepción de los dioses puede tildarse de atea. Se trata más bien de una actitud ante los dioses en la línea apuntada por Séneca. Epicuro consideraba a los dioses tan por encima de las representaciones humanas, que bastaba con venerarlos sin pedirles nada a cambio. Su religiosidad era tan sublime que no exigía nada a los dioses, que no eran los cuidadores ni los fundadores del mundo, pues todo sucedía por el choque de infinitos átomos en un vacío infinito sin necesidad de ellos: *nihil divinitus unquam*. Ahora bien, ¿cuál es la naturaleza de los dioses eternos y antropomorfos de Epicuro? ¿Son átomos o agregados de átomos? Si realmente fueran cuerpos, serían perecederos, como cualquier agregado lo es según las premisas del sistema, luego no serían dioses, si la eternidad es su esencia. Lucrecio (VI, 76-77) sostiene que recibimos sus imágenes procedentes de su santo cuerpo (*nec de corpore quae sancto simulacra feruntur/ in mentes hominum divina nuntia formae*) y que somos felices en la contemplación de esas imágenes en el sueño; pero para ello es preciso que tengamos el alma en paz, tranquila (*suscipere haec animi tranquila pace valebis*), pues sería caer en la superstición atribuirles cólera o cualquier acción indigna de ellos y contraria a la paz de que gozan. Los hombres, extraviados por sus ciegos razonamientos (*caeca ratione*), ignorantes de lo que puede ser y de lo que no según las leyes de la naturaleza, “pues la ignorancia de la causas hace atribuir a los dioses el imperio de la Naturaleza y concederles el reino. Pues de ningún modo pueden comprender las causas de tales efectos, y los creen todos obra de un poder divino”. Una de las razones por las que Gassendi, como hemos dicho, sigue el atomismo de Epicuro es porque, a diferencia de Aristóteles, no sostenía la eternidad del mundo; con lo que la creación no era rechazada por hipótesis. ¿Qué puede impedir que Dios utilice los átomos para formar el mundo? Epicuro, en efecto, nunca defendió la eternidad del mundo, como subraya con acierto Gassendi. Sucede, sin embargo, que muchos autores sostienen erróneamente lo contrario, siendo así que basta con leer a Lucrecio V, 95-6 para ver que sucede justamente lo contrario: *una dies dabit exitio, multosque per annos/ sustentata ruet moles et machina mundi*. En este error incurre el *Theophrastus redivivus*, que en su afán de negar la creación no sólo sostiene la eternidad del mundo según Aristóteles, sino que la atribuye erróneamente a Epicuro.

No todos los autores del XVII conocían bien la doctrina de Epicuro y los que identificaban epicureísmo y ateísmo procedían con cierta precipitación. Gassendi, a pesar de ser el traductor y el divulgador de la doctrina epicúrea, no fue nunca acusado de ateísmo; bien es verdad que el canónigo de Digne, como dirá Marx, vestirá a la Lais griega con el manto de la monja cristiana, es decir, en su afán de cristianizar a Epicuro lo deja irreconocible: los átomos son creados, el alma humana es inmortal y el hedonismo es compatible con la moral cristiana. El gran empirista y crítico de Descartes, negador del valor del valor probativo del *consensus gentium* en su etapa escéptica, el que afirma en la *Disquisitio Metaphysica*, que no sólo hay individuos que son ateos, sino que naciones enteras carecen de toda idea de Dios, paradójicamente en el *Syntagma* sustenta la existencia de Dios y la inmortalidad del alma en el *consensus universitatis*. Sólo en el manuscrito anónimo *Theophrastus redivivus*, de 1659, se hace una exposición y defensa del ateísmo clara, coherente y contundente. Todos los filósofos, incluidos Platón y Aristóteles, son, según el anónimo, ateos. Los dioses no existen: *Nullos esse deos*. Los teístas, los que afirman su existencia, o están engañados o

quieren engañar a los demás con mentiras. Es Epicuro, una vez más, y sobre todo Lucrecio, la guía que nos ha de liberar del temor a los dioses y a la muerte y de la esclavitud a la que nos condenan las leyes civiles de los tiranos. La religión es para el autor anónimo, una invención necesariamente basada en la manipulación y en la ignorancia. Es un arma política con la que los príncipes y los sacerdotes tienen amordazado al pueblo. Hay indudables coincidencias entre el pensamiento libertino y Spinoza. Piénsese en la crítica a la monarquía del comienzo del TTP.

En cuanto al ateísmo de Spinoza, es sabido que él dice haber escrito el TTP para dejar claro que él no es ateo y se pregunta cómo alguien que, como él, observa las buenas costumbres y vive de modo sencillo y honesto puede ser considerado ateo. Sería curioso meter entre los ateos a quien no hace otra cosa que hablar de Dios, que, como dice Novalis, “estaba ebrio de Dios”. Cosa bien diferente es que no admita, como Aristóteles, un dios creador y providente identificado con el *Nous* o el Intelecto separado (*choriston*) e incorruptible. Bailey, sin embargo, lo incluye entre los ateos (p.193) donde distingue entre teístas, escépticos, catalépticos y ateos. Los primeros afirman la existencia de Dios, los segundos tratan de buscar alguna certeza, los terceros permanecen en la duda y “quienes se decantan por el ateísmo, lo hacen o bien porque lo consideran más probable que el teísmo, o porque estiman estar en poder de demostraciones. Spinoza parece ser uno de éstos”.

En su magnífica introducción, analiza Lomba las diversas lecturas que se hacían de Spinoza en su época y el papel que juega su pensamiento en la Ilustración. En este sentido, P. Vernier (1988), Margaret C. Jacob (2003), Jonathan I. Israel (2001 y 2006) son tenidos en cuenta por el autor a la hora de examinar el papel que juega Spinoza, máximo representante de la *libertas philosophandi* y “modelo del rigor y de la honestidad intelectuales” en la filosofía del siglo XVIII. Atacado por los de su propia religión, vilipendiado por todos, Spinoza fue capaz de construir un sistema filosófico tan poderoso, que atrae como un imán a quienes, antes y ahora, se acercan a él. Quienes le combatían, al exponer su pensamiento, no hacían otra cosa, en la mayoría de los casos, que convertirse en sus rehenes. El mismo Bayle, en uno de los apéndices del *Diccionario*, termina por defenderse de la acusación de dejarse arrastrar por el spinozismo al sostener que el ateísmo no es incompatible con la moral, como comprobará el lector (p. 48) bajo el enunciado “aclaraciones sobre los ateos”. A menudo la religión produce, como decía Lucrecio, incontables males: *tantum potuit religio suadere malorum*. Eso mismo parece, a los ojos de algunos de sus lectores, estar implícito en el pensamiento de Bayle, que reula ante sus propias afirmaciones y sostiene que la religión cristiana está por encima de las religiones introducidas y fomentadas por el demonio, y que “al margen de esta religión no hay verdadera virtud, ni frutos de justicia”. Lo han entendido mal sus adversarios.

Ya Cicerón, después de mantener una postura ambivalente sobre el ateísmo de Epicuro, afirmaba que éste, a pesar de su hedonismo o precisamente a causa de él, llevaba una vida intachable, como sostiene en *De finibus bonorum et malorum*: “los epicúreos eran, a diferencia de otros filósofos, mejores de lo que decían ser”. Los ateos, a pesar de que el ateísmo sea un mal mayor que la idolatría de los paganos, “no tienen unas costumbres más desordenadas que los idólatras”. Según Bayle (p. 217), de acuerdo con el tratado de Plutarco sobre la superstición, la superstición es peor que el ateísmo. La historia nos enseña que “tales o cuales personas que negaban la existencia o la providencia de Dios, o la inmortalidad del

alma, no han dejado de vivir como gentes honestas”. Estos ateos que son tenidos en cuenta por Bayle (p. 153) no son los “ateos en la práctica”, aquellos contra los que Garasse dirige sus dardos, sino “ateos en la teoría”, como Diágoras, Vanini y Spinoza, “cuyo ateísmo está demostrado, o por los historiadores o por los escritos”.

Es el *libertinismo ilustrado*, lógicamente, el que tiene verdadero interés filosófico. Indudablemente, meter en el mismo saco a Vanini y a Spinoza, quizás sea exagerado, pero el meollo de la cuestión está en delimitar, una vez más, si ser ateo consiste en negar la providencia divina y la inmortalidad del alma o, en una palabra, en no ser cristiano. En este sentido Spinoza es ateo pero también lo serían los creyentes de las otras religiones y los filósofos que no subordinen la razón a la fe. ¿Cómo saber cuál es la verdadera religión si todas se dicen reveladas?

Spinoza rechaza, por igual, cualquier concepción de Dios inspirada en la religión, como por lo demás hizo Aristóteles, pero Dios es la pieza esencial de su sistema. No es posible entender su sistema si se considera que las cinco partes de que consta la *Ética* no forman un todo unitario sino que pueden tener vida cada una por separado. Ese orden geométrico de la ontología de la primera parte está unido con la teoría gnoseológica de la segunda y ésta a su vez con la psicología y así sucesivamente. Aquellos que, como Rusell, declaran aburridas e innecesarias las demostraciones de la primera parte, creo con P. Machery, que no han entendido a Spinoza. Para algunos estudiosos Spinoza es un panteísta. Hegel, en cambio, lo define como un *acosmista* y sostiene que su sistema es resultado del encuentro necesario en el pensamiento oriental y el cartesianismo. No cabe duda de que Spinoza es difícil de encasillar. Cada época destacó un aspecto de su poliédrico sistema. Pero el filón no está aún agotado.

Marcelino RODRÍGUEZ DONÍS

BRENNER-GOLOMB, Nancy: *The importance of Spinoza for the Modern Philosophy of Science*, Ontos Verlag, Frankfurt-Heusenstamm, 2010, 425 p.

La filosofía de Spinoza se caracteriza, como es sabido, por defender un monismo ontológico, al tiempo que propone un dualismo de vocabularios. Los mismos fenómenos de la sustancia una pueden describirse desde el léxico de la física o con el vocabulario intencional de la psicología. En cualquier caso, lo importante, desde el punto de vista spinozista, es no dejarse confundir por los diversos “juegos de lenguaje” y conservar fielmente la idea de que bajo esa dualidad descriptiva estamos cercando una misma y única realidad sustancial. Este monismo se ha enfrentado históricamente a la tradición cartesiana, que se caracteriza por sostener un dualismo ontológico: lo mental y lo físico no sólo representan dos juegos lingüísticos distintos, son manifestación de dos sustancias o realidades esencialmente diferentes.

Ahora bien, en este duelo de gigantes –Descartes y Spinoza–, el desarrollo de la ciencia moderna se decantado básicamente por el planteamiento spinozista. Las investigaciones recientes en el campo de la psicología, la neurofisiología y las ciencias del cerebro, rechazan la posición dualista y asumen con todas sus consecuencias un monismo sustancial. Este